

# El Desengaño: Experiencia Metafísica\*

Por ALBERTO WAGNER DE REYNA. — Santiago (Chile)

El tema del desengaño ha sido tratado por Don Francisco de Quevedo con intención teológica: para él, el desengaño es *santo*, se completa en la *muerte* y se refiere fundamentalmente al *mundo*. Aquí queremos hacer un análisis de este fenómeno desde el punto de vista filosófico-existencial, y para ello comenzaremos por una breve exposición filológica.

Desengaño es contrapuesto a *engaño*, que viene del latino *in-gannare*, y éste a su vez se halla emparentado con *ganea*, escondite subterráneo, lugar oculto y de mala fama.

Desengañar tiene mucha semejanza semántica con *decepcionar*, del latino *decipere* y *deceptio*. *Decipio* vale decir *de-capio*, yo engaño, pero en sentido directo: yo arrebato al vuelo (= *weg-fangen*). Decepción significa pues a la vez negación de engaño (liberación del engaño), y engaño.

En francés *decevoir* tiene también la misma ambivalencia; y si queremos comprobar que en castellano no es ella una simple construcción filológica del autor veamos la definición de «decepción» en el Diccionario de la Real Academia, y nos convenceremos que significa «engaño» y «pesar causado por el desengaño». El inglés, en cambio, conoce los verbos *to deceive* (engañar) y *to undeceive* (desengañar).

En alemán desengañar se dice *ent-täuschen*, liberarse de la *Täuschung*, que viene de *Tausch*, trueque, cambio.

El griego nos da un rico material léxico sobre el particular: ἀμαρτάνω es a la vez *faltar* y *fallar*, es decir cometer una falta y no tocar el punto deseado: engañar y engañarse. Sinónimo es ἀπο-τυγχάνειν la negación de τυγχάνειν, acertar. ἀμαρτημα, la fa-

\* El autor ha enviado a CIENCIA Y FE el texto de su comunicación al XI Congreso Internacional de Filosofía, que se celebrará próximamente en Bruselas.

lla, tiene así un sentido directo de no lograr, y uno figurado —moral— de delito y culpa.

Engañar también se puede traducir al griego por ἀπατάω des-encaminar, despistar, dar un paso en falso. ἀπάτη es engaño; pero emparentado con πατέω, pisar, y con πῦλος el camino trillado y con el latino *pons* (*pon-t-s*), puente. De este modo el engaño implica, en griego, desviar del camino, y más exactamente del trillado, de aquel que está provisto de puentes para facilitar el paso, del *buen camino*. Engaño es extra-vío.

En conclusión tenemos que la *decepción* es la negación del lograr, del encontrar, del encaminarse por la buena vía, esto es el extraviarse; ello se debe a un *cambio de vía*, que cuando se pasa de la buena a la mala en un extra-viarse frente a aquella. El extravío es un salirse de una vía (sea la mala o la buena) y de allí la ambivalencia del término *decepción*: engaño y des-engaño.

El *engaño* se debe a una ocultación, es decir que la *desviación* es hacia lo escondido o a causa de lo que no se muestra, de modo que es algo en cierto modo negativo.

El *desengaño* es un *nuevo* cambiar de *vía*, que se aparta de lo oculto, y es así la negación de una negación. Pero con ella no se restituye el estado de cosas que había antes de la primera negación puesto que no coloca en la ignorancia previa al error desenmascarado, o simplemente en la verdad que éste puso de lado: la nueva buena vía es la superación de la mala vía abandonada, y por lo tanto la supone. Y fuera de eso, deja el desengaño un efecto, el «pesar» que causa, como nos lo advierte la Academia.

Con estos antecedentes filológicos podemos intentar una descripción del fenómeno.

El desengaño como tal es algo negativo (*des*), el anti-engaño; pero como éste en sí es negativo de la verdad, resulta el desengaño como vuelta a la verdad o a la verdadera vía, algo positivo (lógica y moralmente positivo).

Pero no se trata aquí de fórmulas con signos, ni de operaciones lógicas, sino ese *algo* —el desengaño— aconteció a una

existencia, dentro de un tiempo y en un conjunto de circunstancias. Dicho de otro modo, la negación de la negación es un proceso existencial que rebasa el mero cambio de vía, *es algo más que el resultado que con él se obtiene*. Y lo que filosóficamente interesa aquí es ese proceso en la existencia; que gracias a él la existencia se coloque en la verdad tras por consecuencia que se tenga la certeza de tal o cual juicio lógico, y su contenido puede ser en cada caso de mayor o menor importancia, pero aquí es irrelevante.

Algo nos desengaña: se debe el desengaño a un nuevo elemento de juicio: a un conocimiento más cabal que el que se tenía o contrario a él; o a una actitud, un hecho, que no encuadra en lo establecido, en el cuadro que nos habíamos formado.

Lo engañoso, aquello en vista de lo cual habíamos estado en el engaño y que es desenmascarado, cae entonces en la categoría de «cosa mentirosa», que encubría o se encubría. Hay cosas o actitudes en sí ocultantes, *ganae*, como la mala fe (Sartre).

El desengaño no es un simple pasar de un contenido que se tenía por verdadero a otro, con lo que se muestra la falsedad del primero. Este desenmascarar tiene una repercusión extra-lógica, afectiva, existencial.

Ello se debe a que *esperábamos la confirmación* de nuestro pensamiento; estábamos en una *prodeixis* (Platón: Philebos), es decir teníamos la opinión (*doxa*) de la confirmación futura y esa *doxa* también se muestra falsa en el desengaño. El desengaño no sólo es del contenido lógico de un juicio tenido por verdadero cuya falsedad se descubre, sino también de la opinión que teníamos de que se confirmaría. La proyección dóxica fracasa también, se extravía.

El estar en esta proyección de espectación y expectación de la confirmación de lo que tenemos por verdadero es en cierto modo grato y en cierto modo ingrato a la vez: está acompañado de «sentimientos encontrados», propios de toda expectación, como v. g. en el juego.

El desengaño trae consigo también «sentimientos encontrados» pero no simultáneos: a la decepción por el no cumplimen-

to de nuestra proyección dóxica, a la *penosa sorpresa*, se sigue, a manera de *consuelo*, lo grato de la certidumbre adquirida.

Esta vivencia extra-lógica no puede ser grata en cuanto corresponde al momento «decepción», pues entonces la proyección dóxica previa no habría tendido hacia la confirmación del juicio que se tenía por verdadero sino (en forma velada o no) a su refutación, de suerte que no se habría producido un desengaño sino la confirmación de una sospecha. (El hombre enfermo cuyos análisis son favorables no se «des engaña»). El «angenehm entäuscht» de los alemanes cae, pues, fuera del fenómeno «desengaño».

El desengaño, en cuanto sorprende penosamente, nos *afecta* (= emociona) porque en la proyección dóxica se había colocado un elemento estimativo o valorativo. Es indiferente que el juicio que se tenía por verdadero y se desenmascara haya o no tenido un tinte estimativo, que versara sobre una ecuación matemática o sobre la calidad moral de una persona; lo que sí es necesario es que la expectación de su confirmación lo tenga, pues si no no hay expectación propiamente dicha, no hay proyección dóxica de la existencia hacia lo esperado, sino simplemente expectación, esto es apertura hacia la confirmación, que no compromete a la existencia misma.

El desengaño en cuanto descubre la verdad y hace desechar el error que antes se tenía, *afecta* (= atañe, condiciona) al hombre pues le obliga a una nueva actitud, a un cambio de planes relativos al tema sobre el que recayó el desengaño, a colocarse en una nueva vía.

El transitar en esta nueva vía es, empero, más inseguro: quien ha sufrido un desengaño generalmente se pone escéptico, mira sin darse —expectación sin expectación—, está dispuesto a un nuevo desengaño: la proyección dóxica hacia la confirmación de la «nueva» verdad es menos intensa, y en algunos casos —en vista de la repetición de desengaños— puede llegar a desaparecer, de modo que la existencia ya no sea capaz de un nuevo desengaño.

Cuando el hombre es incapaz de un nuevo desengaño *es un desengañado*. (El que aún es capaz de él, sólo *está* desengañado de tal o cual cosa).

El desengañado no proyecta más su existencia hacia la confirmación de una verdad: ha perdido el *eros* de la verdad.

Y así se nos muestra que *el desengaño es la aventura erótica del hombre frente a la verdad*, en que lanzado hacia lo falso, proyectándose estimativa y emotivamente a su confirmación como verdad, dolorosamente desenmascara lo falso, desenmascarando su propio error humano, y llega así a la posesión de la verdad, buscada pero ignorada, que enmienda su vía y le confiere la satisfacción del logro de la certeza, pero que le descubre también la inseguridad de su triunfo en la derrota. *El desengaño es el impacto por el cual la verdad afecta a la existencia*.